

—Indio cobarde, has dejado morir á Xochitl, pero tú no la sobrevivirás.

Tezomotli cayó desplomado.

Gonzalo, el joven español salvado por la hija de Acatl, había atravesado á Tezomotli con la hoja de una espada toledana.

LIBRO II

EL ÚLTIMO EMPERADOR



Capítulo I

El undécimo rey de México

ALGUNOS días después de los sucesos que dejamos referidos al final del libro precedente, la situación política de la capital había cambiado en extremo.

Cuitlahuatzin había sucumbido de resultas de la viuela, y los mexicanos elegido por su rey á Cuauhtemotzin, joven de veinticinco años y sobrino de su predecesor, con cuya esposa, hija de Moctezuma, contrajo matrimonio.

Grave, por las circunstancias en que se le encomendaba, era el desempeño de su alta dignidad; pero Cuauhtemoc no vaciló en aceptarla, no porque le sedujera el brillo de la corona, sino porque intrépido y valiente por naturaleza, nadie mejor que él podría vengar á su desventurado padre.

Digno fué en efecto el emperador azteca de su no menos intrépido enemigo el conquistador español.

Este, que había conocido al joven rey durante su es-

tancia en la capital, no desconoció la importancia de su nuevo antagonista, y terminados ya sus preparativos de combate, dispuso que su ejército volviese á emprender su marcha sobre México y el 28 de Diciembre de 1520 salió de Tlaxcala al frente de sus tropas.

El día último de aquel año llegó á Texcoco, donde fué muy bien recibido, y cuando contaba hallar un buen aliado en su rey Coanacoatzín éste se fugó furtivamente, se presentó al de México, y le ofreció sus servicios contra los españoles.

Se cree que la causa de su fuga, más que el patriotismo, fué el temor que tuvo de que el príncipe su hermano, aliado de los españoles, pudiera ejercer venganza contra él.

En efecto, á la muerte del rey Nezahualpilli los electores nombraron para sucederle á su hijo Cacamatzín contra los derechos que su hermano Ixtlixochitl pretendía tener á la corona; levantóse en armas éste con su hermano Coanacoatzín, pero los mexicanos acudieron en su auxilio é Ixtlixochitl quedó derrotado, haciendo nacer en él un odio tal á los vencedores que, declarándose en abierta rebeldía, cien veces midió sus armas con los ejércitos de Moctezuma.

A la muerte de Cacamatzín los mexicanos colocaron en el trono de Texcoco á Coanacoatzín, desairando por segunda vez á Ixtlixochitl y concitándose su odio tan mortal que él le inspiró la idea de hacerse aliado de los españoles, quienes juraron elevarle al trono de que había sido despojado.

La fuga de Coanacoatzín les facilitó el cumplimiento de la promesa y Cortés hizo que toda la comarca texcocana aclamase rey á Ixtlixochitl, quien desde entonces fué el más encarnizado enemigo de los mexicanos.

De éstos habían sido siempre fieles amigos los señores de Ixtapalapa: Hernán Cortés encontró, por consecuencia, grande hostilidad en los moradores de aquella comarca.

Hubo de sostener una reñida acción para entrar en la ciudad y aun después de haberlo conseguido estuvo en grave riesgo de perecer todo el ejército español, porque los enemigos rompieron los diques que contenían las aguas del lago y la súbita inundación que se produjo fué verdaderamente desastrosa.

En la primavera de 1521 Cortés fué sojuzgando poco á poco los reinos y ciudades que rodeaban á México y aunque en algunos lugares como en Azcapotzalco, por ejemplo, no obtuvo el mejor éxito, en todos los demás su triunfo fué tal como pudo haberle deseado.

Temeroso con justicia de que la prolongación de la guerra pudiese serle perjudicial, invitó á Cuauhtemoc á seguir la conducta de su padre Moctezuma, rindiéndose á los españoles y dando fin á la contienda por medios pacíficos.

La invitación no fué aceptada por el valeroso monarca, y antes bien todos sus desvelos se encaminaron á poner la capital en el más completo estado de defensa.

Logrado esto, Cuauhtemoc dicese que habló así á sus fieles súbditos:

«Valerosos mexicanos: ya veis como nuestros vasallos todos se han rebelado contra nosotros: ya tenemos por enemigos, no sólo á los tlaxcaltecas, chololtecas y huejotzincos, sino también á los texcucanos, chalcas, xochimilcas y tepanecas, todos los cuales nos han desamparado y unidos á los españoles vienen contra nosotros, por lo cual os ruego que os acordéis del valeroso corazón

y ánimo de nuestros antepasados, que aun siendo pocos se atrevieron á combatir contra los millones de sus contrarios, sujetando con su poderoso brazo todo este mundo y las naciones que le poblaban, no dejando costas ni provincias lejanas que no recorriesen y sujetasen, exponiendo su vida y haciendas por sólo aumentar y ensalzar su nombre y valor. Por lo cual ha venido el nombre mexicano á tener la nombradía y excelencia que tiene y á ser temido y respetado por todo el mundo. Por tanto, oh valerosos mexicanos, no deis plaza á la cobardía ni al desaliento: esforzad ese pecho y corazón animoso para salir con una empresa la más importante que jamás se os ha ofrecido: mirad que si de esta no triunfáis quedaréis por esclavos perpetuos con vuestros hijos y mujeres, y con vuestras haciendas quitadas y robadas: tened lástima de los ancianos y de los niños, que si no cumplís con lo que debéis al valor de vuestras personas y á la defensa de la patria, quedarán á merced del enemigo: no miréis mi juventud ni mi poca edad, sino la verdad de lo que os digo y que estáis obligados á defender vuestra ciudad y patria, las cuales yo por mi parte os juro no desamparar hasta morir ó libertarlas.»

En tanto que esta resolución tomaba el valeroso Cuauhtemoc entre las aclamaciones de entusiasmo de sus súbditos de la capital, Hernán Cortés, que había ya preparado en todos sus pormenores la persecución de su arriesgada empresa, estuvo á punto de verla malograda de resultados de una conjuración de algunos de sus propios soldados que, partidarios de Velázquez, convinieron en quitar la vida al conquistador y á sus principales amigos.

Súpole Cortés y aun tuvo en sus manos la lista de los

cómplices del nefando plan, lo cual no poca pena le causó, pues vió cuán extensa era.

No sólo necesario sino también indispensable era no dejar sin castigo á los conjurados, ya que no por otra cosa, por hacer un memorable ejemplar.

Pero castigarlos con la pena de muerte hubiera equíválido á quedarse sin la mitad desus españoles: no extender el castigo á todos los cómplices habría sido injusto é inconveniente.

Cortés salió de la dificultad con uno de los recursos de su ingenio fecundo: hizo poner preso á Villafañe, jefe de los conjurados, y le hizo ahorcar manifestando que habíase negado á delatar á sus cómplices y comidose la lista en que constaban sus nombres.

Creyéronlo todos ellos y no temiendo ni castigos ni venganzas, se comprometieron á seguir sirviéndole en su empresa, á la cual sin dilación dió principio.

Al efecto el 28 de Abril se celebró una misa en la que comulgaron todos los españoles, fueron bendecidos y botados al agua los bergantines, y se pasó revista al ejército que se halló compuesto de novecientos infantes españoles, ochenta y seis caballos, tres grandes cañones de hierro, quince de cobre y parque y municiones suficientes.

Las tropas auxiliares enviadas por Tlaxcala, Cholula, Huejotzinco y demás reinos aliados llegaron á ascender á doscientos mil combatientes.

El 3o de Mayo,—dice un historiador,—dió principio el asedio de la capital, situándose Alvarado y Cristóbal de Olid entre Tlacopán y Coyoacán, después de romper el acueducto de Chapultepec.

Sandoval con su ejército y Cortés con sus bergantines

atacaron á Ixtapalapa, haciéndose dueño el caudillo español de un baluarte situado en la confluencia de los caminos de Coyoacán é Ixtapalapa: dicho punto se llamaba Xoloc y en él estableció Cortés su cuartel general, siendo en él atacado diversas veces por sus contrarios.

Los combates fueron á partir de aquel día reñidos é innumerables con todos los cuerpos del ejército sitiador, que continuó recibiendo importantes auxilios de los xochimilcas y otomies.

Ixtlixochitl, rey de Texcoco, concurrió con su ejército de cincuenta mil hombres á las operaciones de sus aliados, á quienes, como queda referido, debió el trono que ocupaba.

Cortés dió el último paso en su plan de asedio enviando á la parte del lago que estaba entre Tlacopán (Tacuba) y Tepeyac seis de sus bergantines destinados á interceptar la entrada de viveres en la ciudad.

Los sitiadores, dice [el mismo historiador citado], hacían avanzar su infantería por las calzadas y sus bergantines y canoas por los canales y acequias hasta el centro de la ciudad, por diversos rumbos; pero acosados por la superioridad numérica de los defensores situados en todos los templos y alturas, volvían á sus posiciones, después de poner fuego á algunas casas y saquearlas: pero aun para esto tenían que abrirse paso á viva fuerza, entre los mexicanos, que procuraban cortarles la retirada, y no lográndolo, con supremo arrojo los perseguían hasta sus mismos campamentos.

En la serie de estos combates y veinte días después de empezados, obtuvo Cuauhtemoc una señalada victoria, pues habiéndose internado los españoles con casi todas sus fuerzas, queriendo dar un golpe decisivo, estuvieron

en peligro de perderlo todo y quedó herido de una pierna Cortés, que habría perdido en aquella ocasión la vida, si no hubieran tenido sus contrarios la pretensión de cogerlo vivo para sacrificarlo á sus dioses, como lo hicieron con algunos españoles cuyas cabezas arrojaron á los sitiadores.

Después de algunos combates habidos en el lago entre los bergantines é innumerables canoas, ofreció de nuevo la paz el caudillo español al denodado rey mexicano, pero éste, de acuerdo con el sacerdocio y la pobleza, contestó que se hallaba decidido á vencer ó morir.

Fué esta resolución tanto más heroica cuanto que al paso que los españoles no tenían enemigo que temer por la parte de tierra firme, los mexicanos se veían abandonados de sus confederados y súbditos, rodeados de enemigos y afligidos por el hambre.

Tenia contra sí aquella desventurada corte, dice el historiador, á los españoles, al reino de Acalhuacan, las repúblicas de Tlaxcala, de Huejotzinco y de Cholula, casi todas las ciudades del valle de México, las numerosas naciones de los totonacos, mistecos, otomies, alahuicas, cohuizcas, matlatzingas y otras: de modo que aparte del enemigo extranjero, más de la mitad del imperio conspiraba contra su ruina y la otra mitad la miraba con indiferencia.

Capítulo II

La fuga de Xochitl

DEJAMOS al final del último capítulo del primer libro en bien lamentable situación al joven príncipe Tezomotli.

Su heridor el español Gonzalo, apenas vió caer á su víctima, limpió su espada en sus mismas vestiduras y corrió con rapidez en dirección del templo mayor.

Difícil hubiera sido conocerle.

Quizás por consejo de Tezomotli, Gonzalo vestía un traje de sacerdote azteca y su cara estaba cubierta con la negra pintura del ulli sagrado.

Merced á su disfraz nadie le impidió llegar á la plataforma del gran teocalli.

Ya era tiempo.

El feroz Ixtaolzín se ocupaba en disponer en sus más mínimos pormenores la fúnebre ceremonia del sacrificio.

Las doncellas destinadas á morir en las aras de la diosa Toci, vestidas con túnicas de algodón y cubiertas de

guirnaldas de flores, estaban formadas una en pos de otra entre dos filas de guerreros cuyas curiosas armaduras daban á los unos el aspecto de tigres y á otros el de águilas.

Todos ellos llevaban al brazo su *chimalli* ó escudo con remates de magníficas plumas de colores y su *macahuil* ó macana, especie de espada hecha de una rama de palma á modo de paleta en extremo dura y resistente.

En su contorno y como hasta una tercia del puño, esta espada tenía unos agudos trozos de obsidiana á modo de dientes de una sierra.

Dicha espada, cuyo nombre azteca significa *palo de mano*, era en la de los mexicanos un arma tan terrible y fuerte que las armaduras de los españoles se partían bajo sus golpes, sin que la macana se echase á perder.

El resto de los nobles y caballeros aztecas que habían de asistir al sacrificio, formaban un gran círculo que parecía de locos ó poseídos, pues todos ellos danzaban en giro vertiginoso cogidos de las manos y haciendo espantosas contorsiones.

Los asistentes á la ceremonia, pero que no tomaban parte en la danza, formaban otro círculo concéntrico con el de los bailadores; sentados en cuclillas lanzaban alaridos que hacían más estrepitosos y lúgubres, tapándose y destapándose alternativamente la boca con la mano.

En el centro de este círculo y acompañando la danza infernal con sus instrumentos músicos, veíase un grupo de sacerdotes.

Estos instrumentos, dice un historiador (1), se reducían

(1) El P. Francisco Javier Clavijero.

al *huehueltl*, al *teponaztli*, á las cornetas marítimas y á unas flautillas que despedían un sonido agudísimo.

El *huehueltl* ó tambor mexicano era un cilindro de madera, de tres piés de alto, curiosamente labrado y pintado por la parte exterior, y cubierto en la superior de una piel de ciervo bien preparada y extendida, que aflojaban ó apretaban de vez en cuando, para que el sonido fuese más grave ó más agudo.

Tocábase con los dedos y requería gran destreza en el tocador.

El *teponaztli* era también cilíndrico y hueco, pero todo de madera y sin piel, sin otra abertura que dos rayas largas en el medio, paralelas y poco distantes una de otra.

Se tocaba golpeando en las lengüetas formadas por las rayas, con dos palos semejantes á los de los tambores, cubiertos comunmente, en su extremidad, de hule ó resina elástica para que fuese más suave el sonido.

El tamaño de estos instrumentos variaba considerablemente: los había pequeños que se suspendían al cuello, medianos y otros de cinco piés de largo.

El son que despedían era melancólico y el de los mayores tan fuerte que se oía á distancia de más de dos millas (1).

Los nobles y caballeros tenían entre sus adornos uno que los desfiguraba extraordinariamente.

Este adorno era el llamado *bezote* en castellano, y *tenttll* en mexicano.

Este último nombre significa *piedra del labio*.

Un cronista dice:

(1) *Ibidem*.

Tenía generalmente la figura de un cilindro más ó menos grueso y prolongado.

Terminaba en un extremo por una superficie cóncava mayor que la base del cilindro y en figura elíptica.

Hacíanse un agujero en el labio inferior, cerca de la barba, por el cual sacaban hacia fuera la parte cilíndrica, apoyándose y sosteniéndose por la parte más ancha sobre los dientes.

En un pequeño agujero que tenían en el cilindro se colocaban los manojillos de plumas, distintivos de jerarquía ó dignidad en el ejército.

Las escenas que tenían lugar en la azotea del gran *teocalli*, estaban alumbradas, pues era de noche, por innumerables braseros de barro en que se quemaban resinas y rajas del palo llamado *ocote* que levantaban una rojiza llama envuelta en espesas nubes de humo, denso y desagradable al olfato.

Cuando la idolátrica embriaguez había llegado á su más alto punto, Ixtaolzin, que era el alma de aquella infernal fiesta, dió la señal del sacrificio y se presentó en mitad del círculo acompañado de sus horribles ayudantes.

Á la vez un alto dignatario de la corte penetró también en el círculo y con demostraciones de sincero y extraordinario dolor, hizo cesar los regocijos, anunciando con sentidas voces que el rey Cuitlahuatzin acababa de espirar.

Indescribible fué el efecto que causó la noticia.

Los alaridos de dolor ensordecían á los mismos que los lanzaban.

Los guerreros y los nobles corrieron á las escaleras del templo y descendieron por ellas en confuso tropel, en dirección al palacio imperial.

La multitud de prisioneros destinados al sacrificio, aprovechó aquel momento para salvarse de la muerte y recobrar su libertad.

Las mil luminarias que un momento antes daban á la azotea del templo el aspecto de una abominable hoguera, fueron apagadas por los fugitivos, con el fin de facilitar tanto más su evasión.

En medio de aquella atroz confusión, sólo un hombre demostró no interesarse cosa alguna en las demostraciones de duelo por la muerte del monarca, dictadas á todos los súbditos.

Aquel hombre era Ixtaolzín.

Su agitación era extremada.

Veíasele correr jadeante de un lado para otro é introducirse en todos los grupos como buscando á alguien.

Al no encontrar lo que deseaba, Ixtaolzín lanzaba en voz alta horribles imprecaciones que estremecían á cuantos las escuchaban.

Para mejor lograr su objeto, levantaba sobre su cabeza una especie de tea que agitaba con convulsiva mano á fin de hacer mayor la llama, y las chispas volaban en su alrededor dando á su rostro pintado de negro una infernal apariencia.

Ixtaolzín buscaba en efecto á la desventurada Xochitl.

Muerto Acatl, como ya digimos, de resultas de la misma enfermedad que había matado á Cuitlahuatzin, Ixtaolzín no había logrado ver satisfecha su venganza tanto tiempo contenida y con tan gran constancia preparada.

Sucumbiendo á la fatalidad, otro hombre había olvidado sus rencores.

Ixtaolzín era incapaz de ello.

La muerte de su enemigo no podía contentarle desde el momento en que no había sido dispuesta por él.

Los caracteres crueles y sanguinarios como el del sacerdote de Toci, hacen gala de ser superiores á la fatalidad misma.

El odio que no pueden satisfacer sobre un individuo lo hacen caer sobre otro, con más exagerado encono si es posible.

Su fin es tener una víctima, sea cual fuere.

La víctima elegida por Ixtaolzín era ó debía ser la pobre hija de Acatl.

Sobre ella debía desbordar toda la hiel de su aborrecimiento.

Por eso fué á buscarla al palacio del monarca.

Por eso quiso arrancarla de los brazos de Tezomoti.

Pero como si aun no se hubiera fatigado de perseguirle, la fatalidad volvía á arrancarle á Xochitl, tomándola del pié mismo de la piedra del sacrificio.

Mas, ¿quién había osado facilitarle la fuga?

Ella sola nunca habría podido intentarla.

Ixtaolzín lo sabía bien.

Desde el momento en que de la cámara real la extrajo, la joven había caído en un completo estado de prostración.

Lo motivaba suficientemente la convicción que de su inevitable muerte tenía.

Además el mismo hombre que ya una vez la había salvado, era el que á la muerte la entregaba.

¿Cuánto sufrió la joven al notar el sentimiento de horror con que Tezomoti la rechazó, cuando poseída de verdadera compasión acudió á calmar los sollozos del príncipe!

—No le amaba, pero le debía su salvación y le era afecto como esclava agradecida.

Además, amaba al hermoso español Gonzalo y también Gonzalo debía su vida al príncipe.

¿Cómo podía no ser afecto al salvador del objeto de su adoración?

La herida, pues, que de aquella mano querida recibía, fué en exceso cruel y mortal.

Esto explicaba sobradamente su postración.

¿Quién la había salvado?

Ixtaolzín no podía explicárselo.

Tezomotli tal vez; ¿pero cómo pudo el príncipe acometer acto tal en el momento mismo en que el rey su padre espiraba?

Por fin, el sacerdote dejó escapar una exclamación de gozo feróz que no procuró reprimir.

Había encontrado á la hija de Acatl.

Un sacerdote la cargaba en sus brazos y con ella descendía la gran escalinata del teocalli.

—¡Al calmecac! ¡al calmecac! ¡condúcela al calmecac!
—gritó Ixtaolzín á la vez que se lanzaba en pos del sacerdote.

Pero la multitud le estorbaba y á cada paso se oponía sin pretenderlo, un nuevo y molesto obstáculo.

Ixtaolzín se apoderó de una macana que halló á mano é hiriendo á cuantos le rodeaban, pugnó por abrirse paso.

Al llegar á la última grada el sacerdote que sostenía en sus brazos á Xochitl salvaba la puerta exterior del teocalli y sin dejar de correr salía á la plaza próxima.

—¿Qué quiere decir esto?—se pregunta Ixtaolzín.

Sin acertar á responderse, continuó persiguiendo al desobediente sacerdote que suponía su subordinado.

Este, sin cesar de correr, pronto se alejó de la multitud que invadía los alrededores del palacio del rey difunto.

Pero hubo un instante en que la fatiga le obligó á detenerse.

Aprovechando este accidente Ixtaolzín violentó su carrera y alcanzó á los fugitivos.

Al ir á dividir con su macana la cabeza del sacrilego, Ixtaolzín vió blandirse sobre la suya la hoja reluciente de una espada española que, cayendo con irresistible empuje, dió con él en tierra que manchó con su sangre.

El supuesto sacerdote era Gonzalo, quien sin detenerse en concluir á su perseguidor, volvió á emprender su fuga sin soltar de los brazos á Xochitl.

No acababa de desaparecer cuando Ixtaolzín se levantó del suelo, no sin algún trabajo, y vendando una regular herida abierta sobre su hombro, dijo con una relativa calma:

—Pudo haberme muerto; pero por su desgracia no lo hizo.

meraldas y el pico, que les caía sobre la frente, era de oro cuidadosamente pulimentado, lo mismo que las garras que venían á quedarles á la altura del tobillo.

Todo este traje estaba formado con plumas de águila naturales.

Las macanas ó espadas, las flechas, los arcos y los cuchillos de obsidiana estaban á los piés de ambos guerreros, listos á servirles para el combate al que demostraban hallarse siempre preparados.

Cuando hubieron concluido aún con las menores partículas de su limitado alimento, el más joven de los guerreros dijo al más anciano:

—Volvámonos á nuestros puestos: de un momento á otro los españoles pueden repetir el asalto y todos somos pocos para rechazar á las carniceras masas de sus infames aliados.

—Aguarda,—observó el más anciano de los guerreros; —la última acción ha sido por demás reñida y el cansancio en uno y otro campo nos asegura algunos momentos de reposo.

—No obstante, el deber nos exige....

—¿Qué deber?—preguntó el anciano interrumpiendo al joven.

—El de defender la patria, el de hacernos dignos de ser gobernados por nuestro admirable Cuauhtemoc.

—Otro deber tienes que no citas, y que no obstante es el que ahora te exige que me obedezcas y aguardes un instante mientras hablo.

—Sea así,—pero sé breve,—Ixtaolzin.

—Tezomotli, procuraré obsequiarte siendo breve.

Los dos guerreros eran en efecto el sacerdote y el joven príncipe.

Capítulo III

Dos odios y dos venganzas

MUCHOS días después de estos sucesos, cuando muchos también llevaba de reinar el valeroso Cuauhtemoc, y el cerco puesto á la ciudad por los españoles iba reduciendo á sus heroicos defensores á la mayor estrechez y miseria, dos hombres en lamentable extremo de extenuación no comían sino devoraban una mezquina ración de su alimento, tal era sin duda su hambre, en una habitación medio derruida del palacio imperial azteca.

Uno y otro vestían el traje de los guerreros del «águila» distintivo de las más elevadas jerarquías del ejército.

Sus rostros demacrados dibujábanse no obstante enérgicos, como correspondía al valor que inflamaba sus corazones.

Cubría sus cabezas una especie de casco imitando la abeza del águila, los ojos del ave eran unas grandes es-

Digamos cómo habían llegado al estado lamentable en que acabamos de presentarlos á nuestros lectores.

El gran rey Cuauhtemoc, al ser llamado al trono de Anahuac y encargándose de su defensa, de todo cuidó menos de abastecer convenientemente la ciudad de bastimentos.

Verdad es que nunca creyó que los españoles consiguieran de una manera absoluta hacer sus aliados á todos los pueblos y reinos de los alrededores de la capital.

Desgraciadamente para él no fué así.

El abandono en que le dejaron sus súbditos fué completo.

Algunos de ellos hicieron su fortuna de la desgracia de su rey.

Tales fueron los de Culoacan y Xochimilco que, sin duda de acuerdo con los jefes subalternos españoles, entraron durante algun tiempo á la capital conduciendo maíz que compraban por joyas de oro y piedras preciosas en fabulosa cantidad.

El hambre comenzó bien pronto á hacerse general, sin que de sufrirla se exceptuase el mismo rey, quien desde los primeros momentos puso sus almacenes de provisiones á disposición de todos sus súbditos ricos y pobres.

No por esto decayó ni en lo más mínimo el ánimo de los defensores de la capital.

Todos los días sus enemigos intentaban un nuevo asalto y todos los días eran rechazados como el anterior, sin ventajas positivas ni para unos ni para otros.

Las tropas aliadas combatían con encarnizamiento sin igual.

Los mexicanos redoblaban en cada ataque su furor,

no tanto por defenderse cuanto por castigar la traición de sus compatriotas.

Cortés dispuso no dar un solo paso sin destruir los edificios y rellenar los fosos y acequias con sus escombros.

Sólo así logró ir posesionándose de la capital, de cuyas dos terceras partes se había hecho dueño por este recurso en los últimos días del mes de Julio.

Pero aún los mexicanos manteníanse fuertes en la porción de la ciudad denominada Tlatelolco.

En los primeros días de Agosto el ejército español estrechó más y más el sitio, á pesar del heroísmo con que Cuauhtemoc defendía palmo á palmo los restos de su capital.

Varias veces el jefe español le brindó con la paz, pero todas ellas el héroe mexicano se negó á tratar con el enemigo.

Cortés era el primero en dar ejemplo de valor á sus tropas y nunca vió peligro ni midió riesgo en acometer, como si hubiera querido demostrar que era invencible é inmortal cual otro Aquiles.

Su arrojo le expuso más de una vez á parecer y hacer fracasar su empresa.

En uno de tantos combates y en uno de sus peores pasos, la multitud de los indios que sobre el cayó fué tan extraordinaria y tal el encono y decisión con que peleaba, que Cortés se vió completamente envuelto y solo entre los enemigos.

Uno de ellos, arrojando sus armas, se abalanzó sobre el conquistador y abrazándole por las espaldas le arrastró en pos de sí haciéndole caer al agua de una acequia.

Pronto acudieron en su ayuda otros indios y entre todos ellos comenzaron á arrastrarle hácia la ciudad.

Quiso su suerte que uno de sus pajes y fiel amigo nombrado Cristóbal de Olea, acertara á ver lo que pasaba y diciendo á grandes voces: ¡aquí! ¡aquí! ó don Hernando es muerto!—logró atraer en su auxilio á un noble tlaxcalteca llamado Temacazín y al rey de Texcoco el príncipe Yxtlixochilt, y todos unidos lograron salvar á Cortés, si bien por salvar su vida perdió la suya el denodado Olea.

Cortés pudo muy bien haber sido muerto por el enemigo, pero se salvó gracias á que sus valientes aprehensores no querían hacerle morir en la acción sino llevarle vivo al templo y en él sacrificarle frente al altar de Huitzolopochtli, como habíalo hecho con cuantos españoles cayeron vivos en sus manos.

En todas estas acciones habíanse señalado siempre con igual honor Ixtaolzín y Tezomotli.

El rey azteca estaba orgulloso de ellos y constantemente les confió la dirección de la defensa en los puntos de mayor peligro.

Pero de ordinario uno y otro preferían combatir por su propia cuenta y siempre se les veía unidos en los puntos más avanzados, como si entre los enemigos buscasen á determinadas personas.

Así era en efecto.

El príncipe y el sacerdote buscaban entre sus enemigos al joven español Gonzalo de Alva.

A él iba á referirse precisamente la conversación que hemos interrumpido para ocuparnos de los anteriores pormenores.

Resuelto á escuchar á Ixtaolzín si cumplía su ofreci-

miento de ser breve, Tezomotli volvió á tomar asiento entre los escombros de la casa en que acabamos de encontrarlos.

Esta noche,—dijo Ixtaolzín,—he tenido un sueño horrible. Clara y distintamente ví al espectro de tu padre aproximarse á mí y oprimir mi cuello con sus manos, á la vez que me decía: «tú, miserable, me has matado! tú, que te dejaste robar á Xochilt, la víctima elegida por Toci, para aplacar la ira de los dioses sus hijos!»

—¡Ixtaolzín!—exclamó con violencia el joven Tezomotli:—cien veces me has repetido la relación de ese sueño!

—¿Qué puede extrañarte en ello, si cien veces lo he soñado?

—Mientes, Ixtaolzín; tu sueño es mentira como mentira fué la supuesta exigencia de Toci.

—Si esa exigencia fué mentida, respóndeme, Tezomotli ¿por qué la amenaza de Toci se cumplió falleciendo el rey tu padre?

—¿Pero insistes en creer que mi padre murió en el instante mismo en que Xochilt fué arrebatada de tus manos?

—Pocos, muy pocos momentos después.

—¡Mientes! ¡mientes otra vez!—exclamó frenético el joven:—las noticias que yo tengo son que la dolorosa nueva del fallecimiento de mi padre fué la causa de que el sacrificio no llegara á verificarse.

—No lo niego; pero insisto en repetir que Xochilt me fué arrebatada antes de que la danza sagrada hubiese concluido y mucho antes por lo tanto de la hora del sacrificio.

—¡Oh! si así hubiese sucedido.....

—Así sucedió, Tezomotli, no lo dudes.

—¿Pero quién pudo acometer tan osada empresa?

—Ya te lo he dicho.

—¿El español Gonzalo?

—El mismo: según tú mismo sabes, pues los medios le facilitaste para ello, Gonzalo estaba disfrazado de sacerdote azteca, merced á su disfraz nadie podía impedirle, y nadie se la impidió, la libre entrada al templo: hallándose en él ninguna dificultad tuvo para apoderarse de Xochitl. En cuanto yo noté su falta la busqué con ese instinto que mi deseo de venganza me daba; pronto la descubrí en brazos del fingido sacerdote; olvidando mis deberes del momento me lancé en su persecución, encomendando á mi segundo el honor de presidir el sacrificio y lejos, muy lejos del teocalli, les di alcance y recibí la herida de espada española que me hizo caer en tierra. Pronto pude recobrarne y cuando al teocalli volvía me sorprendió la noticia de la muerte del rey tu padre. La diosa había sido inflexible en su sentencia.

—Ixtaolzin, Ixtaolzin,—repitió el joven presa de un exceso de cólera irrepresible,—si eso es cierto, yo, sólo yo he sido la causa de la muerte de mi padre.

—Sí, Tezomotli, sí: eso es la verdad,—observó el sacerdote con inflexible crueldad.—Si tú no hubieras salvado á un enemigo de tu patria, ese enemigo no habría salvado á Xochilt, ni puéstote á ti á las puertas de la muerte, de resultas de esa espantosa herida abierta en tu costado por su espada española. Sólo mi extremada solicitud ha podido salvarte de la muerte con la cual he luchado durante meses enteros.

—Gracias, Ixtaolzin, gracias; pero ¡ojalá no lo hubieras hecho!

—¿Por qué? Acaso no es una noble aspiración de las almas la satisfacción de una venganza? ¿Qué otra cosa sino el deseo de lograrla es la que te mantiene por tu valor al frente de los valientes guerreros de tu patria?

—¡Oh! ¡quizás tienes razón!—contestó el joven:—¡aborrezco á Xochilt, aborrezco á Gonzalo, y necesito saciar mi aborrecimiento! ¡Le saciaré, si, le saciaré! Pero ¡ah! ese mismo Gonzalo que ha tenido valor para herirme traidoramente, no le tiene para llegar hasta mí. En el combate de esta tarde le busqué como en los anteriores le he buscado; por fin, logré verle; los nuestros cargaban con desesperación sobre un destacamento de españoles: ¡adelante! les grité y corrí al campo enemigo; Gonzalo ya no estaba allí: ¡sin duda mi odio saliéndose á los ojos le había espantado y hecho huir! Pero si á él no hallé, si hallé á Xochitl, y tomándola de un brazo la arrastré en pos de mí y....

Tezomotli se detuvo, pero Ixtaolzin cuyos ojos brillaban enormemente agrandados y cuyos labios contraía ira feroz, poniéndose en pie y tomando amenazadora actitud, concluyó la frase interrumpida diciendo:

—¿Y la trajiste á la ciudad! ¡no es cierto?

—¿Qué te importa saberlo?—contestó Tezomotli con desdén.

—¿Eso me dices y sabes que aun no he satisfecho mi vieja venganza?

—¿Qué son los motivos de tus venganzas comparadas con los motivos de las mías!

—Tezomotli,—exclamó el sacerdote casi sin poderse reprimir;—Xochitl está en la ciudad, tus reticencias me lo demuestran de un modo evidente: ¡dime donde la ocultas, ó témelo todo de mí!

Al escuchar tan atrevida amenaza, el joven príncipe se irguió como un gigante, y con fuerzas tan grandes como si hubiéralo sido, tomó del cuello al sacerdote oprimiéndole como si á ahogarle fuese, diciendo á la vez:

—¿A mí, ¡a mí me amenazas! ¡al hijo de tu rey!

No es fácil decir como hubiera terminado aquella escena, si una circunstancia imperiosa no hubiese venido á ponerle término.

Cuauhtemocín en persona, el rey de Anahuac, se presentó en el dintel de la puerta de la habitación ocupada por nuestros personajes y acudiendo á separarlos dijoles á la vez:

—¿Tan orgullosos estáis de vuestro valor admirable, que no hallando enemigo digno de él, combatís contra vosotros mismos?

Tezomotli y el sacerdote bajaron al suelo su frente confundidos con las bondadosas palabras de su rey.

—No, por mi vida,—continuó diciendo éste;—si los españoles y sus aliados no son dignos de medirse con vosotros, si son mucho más en número de los que yo puedo vencer, ayudadme á destruirlos y si tanto la vida os hostiga y enfada salid á perderla en el campo de batalla en defensa de nuestra patria y vuestros dioses.

Al concluir de pronunciar estas palabras Cuauhtemoc con ademán imperioso, pero á la vez afable y dulce, indicó á los contentientes que le siguieran, y obedecido por ellos salió de la casa y se dirigió á los parapetos que daban frente al campo de Hernán Cortés.

Capítulo IV

El sitio de México en 1521

IXTAOLZÍN había logrado su objeto.

Tezomotli odiaba á Xochitl y á Gonzalo como el sacerdote podía odiarlos.

Mas por lo mismo que con igual violencia los odiaba, su aspiración era hacerlos víctimas de su venganza sin que en ello interviniera para nada la venganza de Ixtaolzin.

No fué por lo tanto la piedad hácia Xochitl lo que inspiró al joven la idea de no descubrir al sacerdote el lugar en que la tenia oculta.

Porque en efecto, Xochitl estaba en poder del príncipe.

Pero su deseo era el de apoderarse también de Gonzalo para hacerlos morir juntos y á la vez.

Tenia ya su plan formado.

El de matarlos sobre el lugar mismo en que reposaban las cenizas del rey Cuiclahuac.

Ixtaolzín no lo ignoraba y por lo mismo tenía empeño en averiguar el paradero de Xochitl.

El también necesitaba gozarse en darle por su propia mano la muerte.

El príncipe iba á impedírselo.

Sus intentos de venganza estaban destinados á no verse satisfechos jamás.

Justo castigo de las infames mentiras que había forjado para irritar á Tezomoti.

Nuestros lectores saben que la salvación de Xochitl fué posterior á la muerte de Cuilahuac.

El efecto producido por la noticia de ella, originó la confusión que tan oportunamente acudió en auxilio de Gonzalo.

Nada había tenido que ver en el fallecimiento del rey el mentido poder de los falsos dioses aztecas.

Pero la mentira del sacerdote había producido su efecto principal.

Tezomoti amaba entrañablemente al rey su padre.

Si bien por más ser ilustrado que lo que de su ídólatra educación podía esperarse, el príncipe no tenía la mayor fe en sus dioses, un resto de superstición le decía con esas voces íntimas del ánimo preocupado, que muy bien pudiera haber sido la muerte de su padre efecto de un castigo de la diosa irritada.

Y por más que en su recto y noble corazón no pudiera haber la idea de semejante injusticia, el dicho del sacerdote no podía dejarle duda sobre la realidad del hecho. Esto le mortificaba en extremo.

Había salvado á Xochitl á costa de la vida de su padre.

Así lo suponía él.

Y aunque no quisiera creerlo, como no tenía á quien preguntarlo, pues convencido estaba de las supercherias sacerdotales, la superstición tomaba cuerpo en su ánimo y á su influjo se desarrollaba en su alma el odio contra Xochitl y contra Gonzalo.

El príncipe era á la verdad bien desgraciado.

Terribles fatigas pesaban sobre él.

Por una parte, fiel á su rey y á su patria, por ambos luchaba como un valiente noche y día y donde quiera que el ataque de los españoles ofrecía mayores riesgos y peligros.

Como el último habitante de la denodada ciudad, Tezomoti de todo carecía.

El hambre había llegado á ser extrema.

Las lombrices de tierra eran un manjar delicado, que se disputaban los famélicos moradores de la ciudad.

Las raíces tiernas de las plantas eran devoradas como bocado de rey, y el empeño con que eran buscadas hizo que bien pronto no se encontrase ni una sola.

Destruídas por los españoles las tres cuartas partes de la ciudad, sus moradores se aglomeraron en el barrio llamado Tlaltelolco.

Esta aglomeración produjo una verdadera peste que causó muchas víctimas, las cuales quedaron insepultas porque ni había espacio suficiente para abrirles fosa, ni hombre descansado para consagrarse al cumplimiento de este deber.

Así pues la putrefacción de los cadáveres se operaba al aire libre y la pestilencia era espantosa.

Muchos de aquellos cadáveres fueron arrojados al fondo de las acequias y las aguas estancadas se corrompieron al grado de que en su superficie nadaban los gusanos.

Esto no obstante, Cuauhtemoc continuó rechazando las proposiciones de paz que le hizo Hernán Cortés, quien llegó á ofrecerle que si se rendía le dejaría permanecer en el trono sin exigirle más que el reconocimiento de la autoridad del monarca español.

Los defensores de la capital juraron á su rey no abandonar ni dejar de luchar hasta vencer ó morir y la lucha continuó siempre con el mismo encarnizamiento.

Hernán Cortés, que se desesperaba de no poder vencer tan prolongada y heróica resistencia, determinó agotar todos sus elementos en un último asalto, señalando para él el día 12 de Agosto.

Así se verificó, siendo tan recia y bien combinada la embestida, que la victoria quedó por suya y dueño se hizo de Tlalotelco, que se vió convertido en gigantesco montón de escombros.

Pero la noche sobrevino y la fetidez de los cadáveres insepultos obligó á los sitiadores á retirarse de la ciudad, cuyos últimos defensores aprovecharon esta circunstancia para parapetarse tras los escombros y luchar aún una última vez por su independencia.

Al cerrar la noche sus pabellones de sombras sobre aquellas numantinas ruinas y al restablecerse el silencio en el amplio campo de los sitiadores, un inmenso clamor se dejó oír en el reducido espacio de tierra libre ocupada por los valientes de Cuauhtemoc.

Los sacerdotes maldecían de sus dioses que así los habían abandonado; los guerreros maldecían de no tener cien brazos con los cuales blandir cien espadas cada uno contra la muchedumbre del enemigo; los heridos maldecían de la torpeza del heridor que no los había muerto; los ancianos maldecían de no ser mozos, y las

mujeres y los niños lloraban espantados con tantas maldiciones.

Kaulbach, el gran pintor alemán ha enriquecido el catálogo del arte con varios admirables cuadros entre los cuales se distingue el que representa la famosa batalla de los campos cataláunicos en que Aecio, el general romano, desbarató las huestes bárbaras de Atila.

Dice la tradición que durante tres días se oyeron los gemidos y los gritos de los combatientes, que luchaban en el aire, después de haber salido las almas de los cuerpos que habíanlas albergado.

En el campo de batalla donde quedaron muertos y heridos más de ciento ochenta mil hombres, se oían los tristes suspiros y los lastimeros quejidos de los moribundos, que con las ansias y dolores de la muerte luchaban entre sí; y rasgándose unos á otros con las manos las heridas, tomaba cada uno la venganza que podía, tal vez en los cuerpos ya muertos de sus mismos hermanos y camaradas, desconocida la amistad y parentesco.

Fama es que en el aire se vieron por espacio de tres días, batallar las almas unas con otras, como en el cabo de Buena Esperanza, según Mafeo, se oían los cantos de los que en el naufragio habían perecido.

Algo semejante á esto pudiera contarse de los últimos días de los homéricos sitio y defensa de México en 1521.

No faltan quienes afirmen que horrorizado el cielo del lujo de encono desplegado en tan prolongada lucha, quiso tomar parte directa en aminorar tanto horror.

A este fin «cuando ya los mexicanos reunidos en Tlalotelco estaban muy angustiados, viéndose acosados por todas partes de sus enemigos y no teniendo posibilidad de huirlos ni de resistirlos, dicen que á puesta del sol se vió

partir de hácia Tepeyac un torbellino de fuego como sangre, envuelto en llamas y centellas, y haciendo gran ruido, rodeó el campo de los aztecas y se hundió con grande estrépito en las aguas de la laguna. (1) »

Los escritores que han dado la anterior relación de un prodigio cuyo objeto fué anunciar á los mexicanos que el triunfo definitivo habria de ser del enemigo, refieren que la Imagen de la Virgen de los Remedios se apareció en los aires durante el combate desconcertando á los mexicanos é infundiendo valor con su presencia á los españoles.

El hecho es que al repetir al siguiente día su asalto los sitiadores, los sitiados no pudieron llevar más adelante su heroísmo y México fué tomado por Hernán Cortés el 13 de Agosto de 1521.

El sitio de México,—dice Clavijero,—comparable al de Jerusalén en desgracias y estragos, duró setenta y cinco días, en cuyo tiempo murieron algunos millares de los doscientos mil aliados que se hallaban presentes, y de novecientos españoles más de cien. Se ignora el número de los mexicanos muertos, pero, según los datos de Cortés, Bernal Díaz y otros historiadores, pasaron de cien mil, sin contar los que murieron de hambre, ó de enfermedad ocasionada por la mala agua que bebían, ó de la infección del aire, que, según el mismo Cortés, fueron más de cincuenta mil.

(1) El P. Florenciá.—Torquemada.—Sahagun.—Gomara.

Capítulo V

Nuevos reyes—nuevas leyes

Conocido es, sin duda, de la mayoría de mis lectores, el episodio referente á la prisión del rey Cuauhtemoczn.

Todo estaba perdido.

Los guerreros mexicanos que aun habían podido blandir su macana sobre la cabeza de sus enemigos, habían muerto á manos de éstos.

Los que sin fuerza para otro tanto no quisieron verse prisioneros de guerra, se arrojaron á las aguas del lago, ya para ganar á nado la otra orilla, ya para morir ahogados si no lo lograban.

Los jefes principales que sobrevivían á tamaño desastre, tomaron las barcas y canoas para ganar la tierra y en ella ver de alzar nuevos ejércitos.

Las mujeres y los niños se presentaron en tropel á Hernán Cortés implorando gracia de la vida.

Gonzalo de Sandoval, uno de los mejores capitanes del